

Santa Teresa de Jesús: su estilo en la vida y en las obras

Francisco SÁNCHEZ-CASTAÑER

A Paco y María Teresa.

Fueron ellos alumnos míos en el trienio 1939-1941, cuando tuve la suerte de ser profesor encargado de Curso de Literatura Española en la Central de la calle San Bernardo. Al final del mismo, oposité a cátedra universitaria, cuya lección magistral ofrecí en el estudio que sigue sobre Santa Teresa de Jesús, pronunciada el 24 de noviembre de 1941, fiesta de San Juan de la Cruz.

Mucho más tarde la ofrecí como conferencia en el Instituto de España el día 24 de marzo de 1982, año centenario IV de la muerte de la doctora abulense.

Sirvan hoy, también, de homenaje a dos preclaros amigos.

Prescindo, ahora, de notas, por suponer muy conocidos los textos citados de Santa Teresa.

Creo que todos están de acuerdo, sea cual fuere el punto de visión o la ideología de donde brote el juicio crítico respecto a Teresa de Cepeda y Ahumada —la que luego se llamará y fue proclamada como Santa Teresa de Jesús, hoy ya oficialmente doctora de la Iglesia— en que es uno de esos seres fuera de serie en la humanidad, a los cuales la lengua corriente los denomina de cuerpo entero, cabales. Es decir, sin fisura o grieta sustancial que impida esa gloriosa consideración de esencialidad vital conseguida y sostenida.

Y esto por imperio o como consecuencia de su personalidad recia en inmovible siempre.

Aquella afirmación de la Madre María de San José, que trató bien de cerca a Teresa: «Era en todo perfecta», es suficiente para caracterizarla. Sí, «fue en todo perfecta», ni más, ni menos; perfección que, por tanto, abarca y se refiere al todo Indivisible, aunque con cambiantes.

Y esto es lo que yo me propongo probar en este artículo: el todo perfecto de tan privilegiadísimo sujeto; si bien deba de considerarse, también, en su afán o quehacer de escritora. Pero escritora, insisto, imposible de separar de la mujer, de la fundadora, de la santa. De ahí que el enunciado y título hable de *estilo y vida*, o más bien *estilo vital* de la escritora.

Recorrer diversos pasajes de la vida de Santa Teresa, o exponer distintos puntos de su genial doctrina, aparte de archisabidos es atentar contra la unidad conseguida por su estilo personal. Estilo suyo y muy suyo, no sólo cuando escribe y razona sino en su vivir integral, y esto, aún dominada por la gracia que nunca la despoja de su carácter, sino que la eleva y sobrenaturaliza.

Todo será, que para ello tengamos que dar o establecer unas coordenadas y constantes psicológicas teresianas al servicio de *su* empresa.

Esta *su* empresa vital es bien clara: un caminar amoroso hacia Dios. Al servicio de la misma: cuerpo y alma; sensibilidad y espiritualidad. Pero sensibilidad, que si por un lado es imaginativa, por otro resultará afectiva.

Espiritualidad, igual y doblemente realista y amorosa.

He ahí, pues las *constantes*: Imaginación y afectividad en cuanto a lo sensible; realismo y entrega amorosa para lo espiritual. Tales constantes enmarcarán: vida, doctrina y estilo literario.

SENSIBILIDAD IMAGINATIVA

Acercuémonos primero, con esa devoción y admiración que arrastra siempre Santa Teresa, a su vida histórica.

En efecto, el poder de lo imaginativo es palpable en Teresa de Jesús, quizá por la influencia materna: la joven madre doña Beatriz, soñadora en la dura clausura del hogar de entonces, rodeada de hijos y de cuidados.

También Teresa: si lee *Flos Sanctorum*, desea ser mártir y descabezada por los moros. Si acude a la recreación de libros de caballerías, sólomente repara en su cuido personal: mano, cabellos, olores... En conversación con Briceño del convento de agustinas avulenses, pasa prontamente de enemiguísima de ser monja —nótese el aumentativo exclusivista— a desear tal estado. Finalmente, por no multiplicar los ejemplos, ante la representación imaginativa de Cristo azotado, a sufrir por él cuantas incomodidades y privaciones sobrevengan.

Sensibilidad imaginativa extremada, que incluso le hará pasar por momentos de hipersensibilidad patológica que la ponen en trance de perder la vida, como ante la maga o bruja de Becedas.

Las falsas interpretaciones positivistas de momentos de su vida han tenido siempre mucho que hacer ante esa sensibilidad tan acusada, con la compañía, por si era poco, de la «loca de la casa», como ella llamaba a la imaginación.

SENSIBILIDAD AFECTIVA

Pero tal sensibilidad imaginativa fue a su vez afectiva. En efecto, en su contacto con las criaturas aparece esa tendencia a amar, primeramente con afecto sensible. Quiere amar y ser amada con exclusión.

Si habla de su hermano Rodrigo, dirá, enfáticamente, era el que yo más quería. De su primo afirmará (con remordimiento luego) fui la preferida: «andábamos siempre juntos, teníame gran amor». Del padre Gracián, director e hijo de la reforma, querrá que le quiera incluso más que a su propia madre. Por eso cuando escribe al Perú a su hermano Lorenzo afirma: «No sé como me quieren tanto».

La nota más destacada, por otro lado, de tal sensibilidad afectiva fue la alegría, factor esencial de la vitalidad teresiana.

Por eso reacciona ante la melancolía o tristeza, «origen de la miseria del mundo». Ante la virtud triste, exclama, «santos encapotados»; ante el demonio, y para evitar el temor de los demás, dirá de él: «es más infeliz que una mosca». En la ocasión del miedo experimentado por la presencia de traviosos estudiantes, afirma, con gracejo indudable: «cuando me acuerdo del miedo de mi compañera... me dan ganas de reír». Y si la calumnia, por su veneración al Padre Gracián, trata de cebarse en ella, indica: «son disparates que lo mejor es reirse de ello». Ahí estuvo parte de la razón de su triunfo: el optimismo que salva las situaciones más enojosas.

ESPIRITUALIDAD REALISTA

Esta puede provenir de la influencia paterna —don Alonso Sánchez de Cepeda, comerciante—. Así desde pequeña sufre al ver caer o derrumbarse las ermitas levantadas por ella en el jardincillo. O exclamará ante las dificultades: «de que eso sea pensaré, ahora déjeme dormir».

Como consecuencia de ese realismo espiritual brotará un lógico activismo, cual revelan estas dos frases, escogidas al azar: «A morir sí, mas no a quedar vencido»; «todos estamos ya en paz... por eso hermanos y hermanas mías... prisa a servir a Su Majestad».

ESPIRITUALIDAD AMOROSA

Aunque tal realismo y activismo no anularán nunca en su espiritualidad el neto carácter amoroso; no con apoyo sensible, como antes consideré en su afecto a las criaturas, sino a estas mismas, pero en Dios.

Ya Diderot afirmaba: toda su vida la resume la palabra amo, y tal concepto es el fundamento de la doctrina mística teresiana. Una sola frase, ahora, que compendie y cifre esta característica de su vida: «Procuraba siempre en dar contento, aunque a mi me hiciese pesar».

Así fue Teresa en vida: imaginativa, aunque realista y sin que nunca deje de colocar en el centro de toda actividad y empresa el amor: «El amor a Dios, que esto no acaba sino crece», escribirá en el libro de las *Relaciones*.

LAS CONSTANTES TERESIANAS EN LA DOCTRINA MÍSTICA

Antes de considerar el estilo literario o escrito, claro complemento del vital ya señalado, hagamos una mínima incursión a la doctrina mística de la Santa; aunque simplemente considerada dentro de la unidad integradora y propugnada para cuanto abarca la personalidad de Teresa de Jesús.

En la doctrina tiene también un puesto preeminente la indicada *sensibilidad imaginativa*.

Relacionado con el concepto de las virtudes, base de la construcción del *Castillo*, está la disciplina de las imágenes, la cual fundada en lo sensible dispone el alma para recibir la presencia divina.

Hubo hasta una delectación al exponer tal doctrina. Escuchemos a la Santa en un punto concreto: «Queda el alma como el niño que mama y la madre sin que él paladee échale la leche en la boca para regalarle, quiere el Señor que sólo trague la leche que le pone, quiere se goce de gozarla». ¡Que maravilla de reiteración! O en este otro: «siéntese grandísimo deleite en el cuerpo y grande satisfacción en el alma. Está tan contenta de sólo verse cabe la fuente que aún sin beber está ya harta». ¡Paradojas inexplicables, mas no a los místicos! ¡Qué goces y cuanta delectación sensitiva e imaginativa en tales explicaciones doctrinales!

Mas no olvidemos que tal sensibilidad es también afectiva y ella se trasvasa igualmente en su doctrina. Su ascetismo, por eso es de compasión y así resulta su primera manera de meditar: «Tenía este modo de oración, que como no podía discurrir con el entendimiento... No está en pensar mucho sino en amar mucho». Feliz fórmula práctica de alta vida espiritual que se formula en el libro de las *Fundaciones*.

Aunque siempre el realismo de su mística contrabalancea esos factores sensibles, y así al proclamar como base de la contemplación del alma la Humanidad de Cristo, impone, frente a altas y abstrusas teologías, el valor de lo más concreto y cercano a la criatura humana; por lo cual ésta al llegar a la séptima morada del sistema místico teresiano no es para echarse a dormir (como hacían los quietistas) sino para obrar: «obras, obras, obras, quiere el Señor».

Probar, además, que la doctrina en Santa Teresa, con la unidad que le dio su personalidad es fundamentalmente amorosa —amor a Dios y al prójimo— es innecesario por evidente.

Basta recordar que la Santa afirmó que si el infierno era lo más terrible es porque ahí no se ama.

Por esto no pueden sorprendernos sus afectivas definiciones: Oración es «tratar de amistad con quien sabemos nos ama». La transverberación: «un requiebro tan suave que pasa el alma y Dios».

De todo brota como lógica conclusión, el paradigma de su vida toda: «El alma quedando sola con El, que ha de hacer sino amar». En efecto,

ella fue Teresa *de Jesús*; a lo que el Esposo divino respondió: «Mi honra es la tuya y la tuya mía».

ESTILO LITERARIO

Resta el análisis de un aspecto muy fundamental de la tesis al principio formulada: las consideraciones sobre el estilo literario de la gran escritora. También éste irá de acuerdo con las constantes vitales de la Santa.

Nunca más y mejor que en el caso de Santa Teresa podemos admirar una manera de escribir que se ajuste plenamente con la psicología del escritor. Por esto al estilo teresiano quizá no puedan aplicársele principios de estilística común, sino extraídas de él. Y mucho más si sabemos del indeseo escrituario de Teresa: «hijas —exclamaba— no para escribir, sino para hilar nos quiere el Señor». De ahí que aunque Santa Teresa tuvo algunas pocas lecturas (San Jerónimo, San Gregorio, San Agustín, Kempis, Fray Alonso de Madrid, Fray Francisco de Osuna, Fray Bernardino de Laredo) y ciertas pequeñas preocupaciones conceptuales, domina, siempre, la espontaneidad y la naturalidad; escribir como hablaba y al uso sencillo y casero del pueblo castellano de su época.

Sus características seguirán fieles a las ya señaladas. Al servicio de la sensibilidad imaginativa de Teresa quedará todo ese juego maravilloso de adjetivaciones sensoriales empleadas constantemente al escribir.

Brevísimos ejemplos: de carácter visual, «negros cuerpos, rostro blanco; gustativas», «sabrosa pena, guerra desabrida»; táctiles, «suaves flores...». A veces surgen expresivas parejas o cadenas adjetivales de matiz sensitivo: «vuelo suave, vuelo deleitoso, vuelo sin ruido; o descripciones no menos sensoriales: «agua, campo, flores, olores, músicas...»; o expresiones de un vitalismo moroso y sensualista: «vemos cómo comienzan estos árboles a empreñarse para florecer y dar después fruto y las flores y claveles lo mismo para dar olor» (Libro de su *vida*). No caben pinceladas más magistrales. También cuando se trata de retratar o caracterizar: «tenía un rostro fresco y venerable, aunque tan viejo, que parecía la barba como hilo de plata»; e incluso para definir: «es un estar ya las flores en término que no les falta casi nada para brotar». ¡Qué delicia de estilo!

Pero sigamos el análisis. ¿Y qué decir de la afectividad de ese sensorial estilo? Marcado por adjetivaciones, ahora de carácter moral: «ánimas animosas», «corazones tan apretados», «quietud y paz interior muy regalada». O por la posición del adjetivo: nótese la diferencia entre «maestro avisado» o «espiritual maestro».

Lo mismo se logrará, y posiblemente con más expresividad, mediante los aumentativos de sabor popular: «enemiguísima de ser monja», amiguísima de leer buenos libros»; y sobre todo con diminutivos de diferente clase: humildosos, «centellica de amor de Dios», «avecica del alma»; cariñosos, «dijeron un cantarcillo», «queda el alma con un desgustillo», «de

qué te afliges pecadorcilla»; y activos, «nos paga aquel cuidadito con un don tan grande».

Otro procedimiento para expresar la afectividad son las paradojas de tal carácter: «delicado y penoso castigo».

También los anacolutos o desajustes gramaticales fruto de esos extremismos afectivos: «Juntábamonos entramos a leer vidas de santos, que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor».

Pero no temamos que esa tirón que del lenguaje teresiano dan la imaginación y la afectividad eviten mostrar la doble espiritualidad conjuntamente realista y amorosa.

Como muestras de lo primero: El ímpetu de Dios «deja tan descoyuntado el cuerpo y tan abiertas las canillas que aún no quedan las manos para poder escribir». O «Vienen lágrimas», donde el verbo de movimiento venir con sentido traslaticio aumenta la sensación compasiva. O también el nuevo empleo de verbos tras laticios para mejor y con más fuerzas concretar: «yo toda engolfada en Él», «engorda la voluntad», «enfriar los descos», «amilanar los pensamientos». O bien el refuerzo por reduplicaciones, «errado, errado va el camino», «¡Oh mundo, mundo!». Y también con hipérbolos pleonásticas: «me dio vida para salir de muerte tan mortal». Así se logra la afectividad con la copulación o polisindeton: «acabo con regalo y recogimiento y consuelo de Dios».

Notable es, finalmente, el servicio que ese lenguaje teresiano presta a la expresión amorosa en la misma. ¿Y cómo? Por delante las adjetivaciones y éstas de validez afectiva e incluso eróticas a lo divino: «locura celestial», «glorioso desatino», «borrachez divina», acentuadas, a su vez, por la entonación ondulatoria: «¡Oh sumo bien y descanso mio!».

Lógico es que el más apropiado procedimiento sea el uso de expresiones exclamativas e interrogativas, o la alternancia de ambas: «¡Oh, deleite mio, Señor de todo lo criado y Dios mio! ¿hasta cuándo esperaré ver vuestra presencia? ¿Qué remedio dáis a quien tan poco tiene en la tierra para tener algún descanso fuera de vos? ¡Oh vida larga! ¡Oh vida penosa! ¡Oh vida que no se vive! ¡Oh qué sola soledad! ¡Qué sin remedio! Pues, ¿cuándo Señor, cuándo? ¿Hasta cuándo? ¿Qué haré, Bien mio, qué haré? ¿Por ventura desearé yo desearos?».

Basta ya de ejemplos y consideraciones, pues los indicados creo sirven para probar lo que me propuse, a saber la unidad absoluta en lo esencial o vital de Santa Teresa de Jesús, o sea en ella misma toda por entero; que sin dejar de serlo se ha irisado y fraccionado en facetas y colores como el potente y luminoso rayo solar al descomponerse por el prisma de las aguas del cielo. En la Santa Doctora, doctrina y estilo literario acompañan a su misma vida dentro de un prodigioso y apretado haz.

Y todo ello sin perder ni por un instante la fidelidad a su empresa vital, que definí al principio de estas reflexiones como un ahincado y fervoroso caminar hacia Dios.

Camino sí, y de perfección el suyo, y de amor, cuyo final terrestre sobrevino un día de octubre de 1582, en Alba de Tormes, al lado y ribera de la doctoral y universitaria Salamanca.

Hasta allí había llegado la doctora «viva» de los caminos de España, plena de conocimientos vivenciales, extraídos de su hermandad con los prójimos y amasado con el polvo levantado por sus pies descalzos de serafín del carmelo. La empresa de caminar hacia Dios ha subrayado una personalidad única en la historia.

Exhausta de las débiles fuerzas físicas tuvo, todavía, vigor para alentar a sus hijas y hacerles ver que, «toda es una noche la mala posada». Por eso había que aligerar con el vuelo del espíritu y reemprender el camino, éste ya el de la eternidad: «¡Señor mío! ¿ya es tiempo de caminar? (Y esto lo dijo quien recorrió leguas y leguas tras el amado) ¿Ya es tiempo de caminar, Señor mío? —Repetía una y mil veces— Sea muy enhorabuena y cúmplase vuestra voluntad». Fueron sus últimas palabras ante los hombres.

Después ya sólo escucharán los ángeles su diálogo con el Esposo Jesús. Para hacerle eco, desde aquí abajo, es mejor valerse de la palabra poética del otro coloso de la espiritualidad española, por Teresa formado, Juan de la Cruz:

Entradose a la Esposa
en el ameno huerto deseado
y a su sabor reposa
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado
Gocémonos Amado
y vámonos a ver en tu hermosura
al monte y al collado
do mana el agua pura
entremos mas adentro en la espesura
Y luego a las subidas
cavernas de la piedra nos iremos
que están bien escondidas
y allí nos entraremos
y el mosto de granadas guataremos
Allí me mostrarías aquello que mi alma pretendía
y luego me darías
allí tu vida mía
aquello que me diste el otro día
El aspirar del aire
el canto de la dulce Filomela
el soto y su donaire
en la noche serena
con llama que consume y no da pena
Que nadie lo miraba
Aminadab tampoco parecía
y el cerco sosegaba
y la caballería
a vista de las aguas descendía.

Notemos la diferencia entre la muerte de Cervantes, otro coloso de nuestra literatura, que exclamaba «las ansias crecen, las esperanzas menguan» y las de Santa Teresa. En ésta, en cambio todos son símbolos, palabras metafóricas, anhelos y renunciaciones... Se aproximaba la unión eterna con Dios, el Esposo Divino.